

Nada opondremos á ambos documentos de Thouvenel; todo lo que sobre ellos pudiéramos decir lo consignó para perpétua vergüenza de la astucia imperial el cardenal Antonelli en su contestacion á los cargos oficiales por las Tullerías formulados. La vindicacion de la Santa Silla es en el documento de

acontecimientos se sucedian multiplicando las dificultades, la corte de Roma persistia en abstenerse, que era el sistema mas propio para agravar un estado de cosas que ya no podia conciliarse con su autoridad sin sacrificios ó compensaciones. De este modo se dejaron perder todas las circunstancias oportunas para volver á enlazar las Legaciones con la Santa Sede, y de este modo llegó la eventualidad que el Emperador ha tratado en vano de evitar, obligando á S. M. á dirigir al Padre Santo su carta de 31 de diciembre.

«Y pregunto ahora: ¿tan extraños eran los consejos que se rechazaron habiendo sucedido lo que acabo de recordar? No puede dudarse que queda al menos bien demostrada la sinceridad de los sentimientos que los inspiraron. Las consideraciones, ó por mejor decir, la adhesion que el Gobierno imperial ha demostrado en todas las ocasiones al Jefe de la Iglesia, son uno de los rasgos culminantes de la historia de los diez años que acaban de transcurrir. El clero de Francia sabe con cuánta benevolencia y extension de miras ha practicado constantemente el Gobierno imperial las leyes que le guían en sus relaciones con la corte de Roma, y sabe que él también ha encontrado en el imperio un poder reparador, y que bajo este apoyo tutelar ha recobrado en la sociedad francesa la influencia y la autoridad que en otras épocas le habian disputado. Estos hechos tan solo bastarian para atestiguar las disposiciones de que estaba animado para con el Pontificado el Gobierno imperial, aun cuando de ellas no le hubiera dado directas é incesantes pruebas.

«No ponemos en duda que la ocupacion de Roma, en la época que se llevó á cabo, no fuera dictada por consideraciones políticas al mismo tiempo que religiosas; pero, ¿quién negará que el Gobierno del Emperador no se ha visto precisado á continuar de año en año los sacrificios que esta medida impone á Francia, ante todo por una solicitud afectuosa y perseverante hácia los intereses de la Santa Sede? ¿Quién desconoce los miramientos por medio de los cuales hemos atenuado ó precavido los inconvenientes que podia acarrear la ocupacion de Roma, tanto en el fondo como en la forma, para la soberanía del Padre Santo? ¿Quién se negará á ver en este conjunto de hechos un testimonio de las intenciones mas cordiales y de la solicitud mas formal, no solamente de proteger la posicion personal del Padre Santo, sino de extender si era posible su influencia moral? Á este orden de ideas se refiere especialmente la cooperacion prestada por la diplomacia francesa al Padre Santo en todas las comarcas donde tiene intereses religiosos que defender, y se enlazan en grande escala las expediciones llevadas á cabo ó inauguradas en los mares de China y del Japon. Finalmente, señor Duque, ¿existe prueba mejor de este constante deseo que las estipulaciones de Villafranca, en las cuales el Emperador queria colocar al Padre Santo á la cabeza de la Italia regenerada, dándole la presidencia honoraria de la Confederacion?»

«Puede deducirse de lo expuesto que el Gobierno imperial hubiera tenido la mayor satisfaccion, y la tiene aun en las circunstancias presentes, en encontrar una combinacion capaz de disminuir los apuros de la Santa Sede. Pero ¡los buenos deseos de la Francia se exponen en esto á estrellarse contra dificultades insuperables!»

«En efecto, no se trata únicamente de devolver las Legaciones al Papa, sino que es preciso además buscar un medio de mantenerlas en su poder sin que una nueva ocupacion suceda á otra. Lo que ha sucedido demuestra por demás cuán impotente sería esta medida para remediar el mal. La Europa ha firmado su opinion sobre este punto, y la ocupacion, condenada por las lecciones de lo pasado en las mismas Legaciones, es un recurso al cual nadie pensaría ya en recurrir á menos de desconocer las necesidades que se imponen á la prudencia y prevision de todos los Gobiernos. Semejante política es inadmisibile en el día, porque nada ganarian con ella la autoridad monárquica ni la majestad de la Iglesia, y la Religion y la razon se reunen para rechazarla con igual energía.

«Así, pues, habia llegado el momento de idear combinaciones diferentes cuando el Emperador indicó su necesidad al Papa, pues así se lo exigen á la Santa Sede los intereses mas innegables y las mas apremiantes consideraciones. La resolucion absoluta de negarse á reconocer el carácter verdadero del estado de cosas actual solo contribuiría á agravarlo cada vez mas, y acabaría por crear dificultades igualmente insuperables. Por el contrario, si la Santa Sede se decidiese por fin á dejar la region religiosa, donde en realidad no está colocada la cuestion, y á volver al terreno de los intereses temporales, que son los únicos empeñados en el debate, tal vez acarrearía, aunque sea muy tarde, un cambio favorable á su causa, y permitiría en todo caso al Gobierno del Emperador prestar su apoyo á una política racional y conciliadora.

«Estais autorizado para leer este despacho al cardenal Antonelli, y dejarle copia si lo desea.

«Recibid, señor Duque, etc. — Thouvenel.»

Antonelli, contundente, mesurada, oportuna, irrefutable; es una historia á la vez que una vindicacion. (1)

(1) *Despacho del cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad Pío IX, á Mons. Sacconi, nuncio apostólico en París.*

«Ilustrísimo y reverendísimo señor: El despacho del 12 de este mes, que S. E. el Ministro de Negocios extranjeros de Francia ha mandado se me leyera y dejase copia, y que vuestra señoría debe conocer por haberse publicado en el *Monitor* del 17 de dicho mes, contiene razones y pruebas de tal índole, que me es imposible dejarlas sin algunas observaciones, especialmente en los tiempos actuales, en que se manifiesta en todos los países tan grande ansiedad por el interés supremo de la Iglesia católica y por su augusto Jefe. Creo, pues, que estoy en la obligacion de dirigiros algunas consideraciones sobre el objeto de este despacho y de la carta circular que el mismo Embajador envió anteriormente á los representantes de Francia en las cortes extranjeras, y que también se ha publicado en los periódicos.

«Ante todo, y sin examinar la cualidad del régimen político aplicado á las Legaciones, es indudable que este régimen no pudo ocasionar los movimientos que han tenido lugar, por cuanto el mismo régimen, aplicado á otros varios Estados pontificios, no ha producido el mismo efecto. Por el contrario, este efecto, es decir, estos movimientos se han verificado mucho mas pronto y en proporciones mas vastas que en las Romanas, en el gran ducado de Toscana y en el ducado de Parma, países que se decian gobernados del modo mas conforme á los deseos que se acostumbra atribuir á los pueblos.

«Conviene, pues, decir que el régimen político no interviene en nada en tales movimientos, y que deben atribuirse á una causa, la misma para todos los Estados que han sido víctimas. Ahora bien, basta haber vivido en Italia estos cuatro últimos años, ó haber observado al menos con cierta atencion las diversas fases desgraciadas de este país, para saber por quién y por qué medios se preparó, se llevó á cabo y se ha sostenido la rebelion contra los soberanos. La pregunta *cui bono?* (¿en provecho de quién?) que se juzga de tanta importancia en materia penal, puede recibir en este caso una aplicacion tanto mas evidente cuanto mas manifiestos son los ardides del que todo lo hace para apoderarse de las provincias de que quisieran despojar al Padre Santo, ó mas bien que quisieran el patrimonio de la Iglesia católica. Por lo que se desea hacer al fin se comprende lo que deseaban desde un principio, pues se han previsto y preparado con tiempo estas mismas dificultades que se dicen ahora insuperables é imprevistas. No creo faltar á nadie, si, precisado por los deberes de mi cargo, me veo en la necesidad de recordar ciertos hechos particulares y hasta nombres propios. Por lo demás, unos y otros son notorios de un confín á otro de la Península.

«Para no remontarme á una época muy lejana y en honor de la brevedad, me contentaré con llamar la atencion sobre un acto del conde de Cavour en el congreso de París en 1856. En aquella circunstancia lanzó una especie de programa de lo que habia de hacerse en Italia, y declaró despues en las Cámaras piemontesas que queria á toda costa llevar á cabo la realizacion de su programa. Desde aquel momento empezó á ser mas activo en ese país el lento trabajo inaugurado hacia mucho tiempo, y cuyo objeto era conseguir la anexion de la Italia central. En realidad, sería demasiado prolijo y enojoso enumerar aquí todos los medios que se emplearon con este designio, pero deben contarse entre los principales los emisarios que recorrian esta parte de Italia en todas direcciones, el oro repartido con profusion, los escritos clandestinos que se hicieron circular, y los actos de insubordinacion militar, especialmente en los últimos tiempos.

«Pusiéronse al frente del movimiento en varias ciudades de los Estados pontificios personas alentadas por la importancia de sus relaciones sociales, y de este modo se constituyó jefe del partido en Bolonia el marqués Pepoli, el cual celebró en su propia casa reuniones de hombres de partido, se rodeó de centenares de obreros y se proveyó de armas. El Gobierno, informado de todo, estaba á punto de asegurarse de su persona, cuando, por motivos fáciles de adivinar, se contentó con dar aviso de lo que pasaba al Embajador de Francia en Roma. Este, despues de una conferencia que tuvo con Pepoli en Liorna, dió al Gobierno pontificio la promesa, por desgracia desmentida por los hechos, de que podíamos tranquilizarnos respecto de dicho Marqués.

«Pero lo que será un ejemplo rarísimo y tal vez único en la historia, es lo que los agentes diplomáticos de Cerdeña hicieron en detrimento de los demás Estados italianos con el fin de secundar los designios ambiciosos de su propio Gobierno. No tiene calificativo la conducta del comendador Buoncompagni en Toscana, á lo menos que me guardaré bien de emplear la calificacion merecida y si se exceptúa el último paso de este, lo que los Sres. Migliorati y Pes della Minerva dieron en Roma no son muy diferentes de lo que hizo Buoncompagni. El primero llegó hasta emplear los meses del verano para organizar en algunas provincias clubs en favor del partido piemontés.

«Excitaciones llevadas á cabo con tanto trabajo y perseverancia debian tener su efecto, y lo tuvieron en realidad, ya creando, ya aumentando, el reducido partido piemontés que podia existir allí, y al cual se asociaron casi todos los descontentos, raza de hombres que se

Á pesar de todo, el plan convenido y protegido por el Gobierno imperial siguió adelante. El Piamonte, teniendo la seguridad de que allende los Alpes

encuentra en todos los países, sin aquellos para quienes eran una seductora ilusión las aspiraciones hácia una Italia unida é independiente.

«Pero todos estos hombres estuvieron muy léjos de ser el pueblo: hablo del pueblo honrado, moral y cristiano, y especialmente no fueron el pueblo del campo. El verdadero pueblo se alzó con júbilo inexplicable y por miles de millares cuando nuestro Padre Santo fué á visitarlos aun no hace tres años. ¿Es la primera vez que esta clase del pueblo, que forma en el fondo la inmensa mayoría, se deja dominar por un partido que, supliendo el número con la audacia, se aprovecha de circunstancias con frecuencia imprevistas para imponer su dominación? ¿No se ha visto en otras comarcas de Europa dejarse oprimir del mismo modo la parte honrada y tranquila de la población? ¿No es esto efecto de sus mismas cualidades?»

«Me parece que en el despacho antes mencionado no se han tenido bastante en cuenta estas circunstancias, cuando se dice en él que tan solo por el hecho de retirarse los austríacos de Bolonia, los pueblos se encontraron independientes sin necesidad de ninguna excitación particular.

«Lo cierto es que los pueblos, como en todos los casos semejantes, no supieron sino poco ó nada; pero quedando la ciudad sin un soldado con la repentina retirada de los austríacos, el partido que estaba preparado, merced á los manejos anteriores y cada vez mas enardecido con una proclama de una de las partes beligerantes, se apoderó del poder é impuso su dominación al verdadero pueblo que continúa sufriendola con perjuicio incalculable y con un dolor intenso. Tal vez no nos extralimitaríamos si pensáramos que si en otro país se retirase de pronto de la capital la guarnición que la protege, sucedería indudablemente lo mismo que en Bolonia, sin que pudiese deducirse de tal hecho que el Gobierno fuera hasta entonces malo ó incapaces sus gobernantes.

«Fuera inútil indicar aquí por qué motivo se retiraron los austríacos de las Romanías; baste recordar que el príncipe Napoleon dijo en un parte dado desde su cuartel general de Goito el 4 de julio de 1859 y dirigido á S. M. el Emperador de los franceses, con objeto de dar cuenta de sus operaciones, que el 5.º cuerpo de ejército, al reunirse en Toscana, tenía entre otras cosas por misión obligar al Gobierno austriaco con la presencia de la bandera francesa en las fronteras de las Romanías á observar estrictamente la neutralidad en los Estados del Papa: y despues añade, que la presencia de su 5.º cuerpo, pronto á caer sobre el ejército austriaco, habia inspirado á este ejército un temor bastante vivo para que se apresurase á evacuar Ancona, Bolonia y sucesivamente todas las posiciones de la orilla derecha del Po.

«Aunque dicho partido estaba alentado por las promesas, los estímulos, los subsidios y otros mil medios que recibía incesantemente del Piamonte, sin embargo, el día que se apoderó del poder, se encontró tan poco numeroso y tan débil, que apenas pudo reunir algunos centenares de adeptos en la plaza de Bolonia. Y además, cuando fue preciso arrastrarles á que quitasen de los edificios públicos los escudos de armas pontificios, el marqués Pepoli tuvo que hacerles creer que era para precaver á estos escudos de armas de insultos posibles, segun él, aunque nadie estaba entonces dispuesto á cometer tal atentado.

«Como la rebelion se habia preparado desde el exterior, cuando se hubo llevado á cabo, recibió tambien del exterior los auxilios que necesitaba para consolidarse, como municiones, dinero, soldados y funcionarios.

«Entre estos funcionarios se ve figurar en calidad de intendente de una de las cuatro Legaciones al mismo Migliorati de quien hemos hablado. Los habitantes no tomaron parte alguna en todo esto; se abstuvieron en la proporcion de 59 sobre 60 de figurar en las elecciones que tuvieron lugar, y fueron víctimas de toda clase de vejaciones, pues se les negó hasta el derecho de manifestar su opinion, y se pusieron en planta las amenazas, el encarcelamiento, la proscripción y todos los medios de que saben servirse las facciones victoriosas.

«Si se hubiera prestado atención á estos hechos, no se habria afirmado en verdad que los habitantes de las Romanías se encontraran independientes sin necesidad de excitaciones y cási sin apercibirse. Todo el mundo podrá deducir fácilmente de los mismos hechos si el Gobierno debe ser responsable de la rebelion que tuvo lugar en esta provincia.

«Estoy muy distante de acusar á las armas francesas, y mucho menos á la Francia que tan insignes servicios ha prestado á la Santa Sede y á la Iglesia, pero no puedo menos de recordar á vuestra señoría ilustrísima la inevitable lógica de los hechos, en virtud de la cual el Emperador de los franceses dice en su última carta que no puede declinar cierta mancomunidad de los efectos del movimiento nacional, provocado en Italia por la guerra contra el Austria. Ahora bien, entre estos efectos ¿no debería colocarse la rebelion de las cuatro Legaciones?»

«Pero cualquiera que sea la causa ó el motivo de las desgracias que han tenido lugar, ¿habrá de atribuirse al Padre Santo ó á su Gobierno la prolongacion de este deplorable estado de cosas? Esto es lo que á mi parecer se trata de establecer en el despacho varias veces citado; pero al leerlo, las consideraciones que demuestran la evidente falsedad de este aserto se presentarán espontáneamente al ánimo de vuestra señoría, que desea con mas ardor que el Padre Santo ver que se ponga término á escision que es el origen de tantas desgracias y tan-

le otorgarian bula de absolucion sobre las infracciones de todos los tratados y las mas repugnantes tropelías contra el derecho, puso en combinacion y mo-

to escándalo en la tercera parte de sus súbditos, el triste objeto de todas las angustias del Catolicismo, y el motivo de la mas profunda afliccion para el Jefe de la Iglesia.

«Si Su Santidad niega su consentimiento á algunos de los medios propuestos, esta negativa debería ser por consiguiente un indicio suficiente para demostrar que tales medios están en oposicion con algun principio superior á las inclinaciones afectuosas de su corazon, así como á los juicios mas ó menos verdaderos del mundo.

«Pero ¿cuáles son los medios propuestos para restablecer la unidad en los Estados de la Iglesia, y que por no aceptarlos se quiere hacer responsable al Padre Santo de los trastornos que han tenido lugar estos últimos ocho meses y de otros peores aun que pueden seguir?»

«En el mencionado despacho se recuerdan por una parte las ventajas que la Iglesia ha obtenido en Francia bajo el imperio actual, los testimonios de adhesion filial que el Soberano Pontífice ha recibido del Emperador, y la prontitud generosa con que las armas francesas restablecieron al Papa en su trono, y por otra parte se hacen valer la ventajas que reportará la Iglesia de las expediciones lejanas de China y Cochinchina.

«El Padre Santo abraza los mas elevados sentimientos en favor del Emperador de los franceses y de la nacion que gobierna, y nadie ignora la delicada atención y la solicitud con que ha buscado, y busca aun, todas las ocasiones mas favorables de manifestar al Emperador y á la Francia la gratitud que les conserva por los servicios prestados, y la confianza con que espera otros mayores.

«Aunque podríamos aducir otras pruebas, recordaremos la alocucion consistorial del 29 de junio del año pasado y la nota diplomática dirigida, con fecha del 11 de marzo del mismo año, á los Embajadores de Austria y de Francia, en la cual se trata de las medidas acordadas para poner término á la asistencia precosa que han prestado al Gobierno pontificio las tropas francesas y austríacas.»

«Pero todo el mundo ve que esto no tiene relacion alguna con los medios mas propios para hacer restituir al Padre Santo, segun las declaraciones hechas en aquella época, el patrimonio de la Iglesia en toda su integridad.

«Relativamente á este objeto supremo, el pasado ofrece varios recuerdos que pueden facilitar el camino, pues el presente se compone de negativas de auxilios eficaces. Se oponen dificultades á cualquiera que desea acometer la empresa, se imponen plazos perjudiciales, se aconseja la misision á personas que se sabe de antemano están decididas á no someterse, se proponen reformas que el Padre Santo ha debido pesar ante Dios antes de aceptarlas, y se sugiere en fin el consejo de que abdique en parte el que de ningun modo puede hacerlo.

«Si hace algunos meses hubiera sido posible aun hacerse ilusiones sobre la posibilidad de pacificar, por medio de reformas y de concesiones, diversos Estados de Italia, tales ilusiones no pueden conservarse desde que estos partidos han declarado sin rodeos, como lo han hecho en la Memoria del pretendido Gobierno de Bolonia, y como uno de los principales autores de la agitacion lo ha hecho en uno de sus últimos escritos, que ninguna reforma puede contentarles, si no es la completa y absoluta destruccion del poder temporal de la Iglesia. ¿Es posible con hombres que abrigan tales intenciones llegar á un acuerdo por medio de reformas?»

«Á pesar de todo, el Padre Santo no ha cerrado el oído á la proposicion de reformas que le ha sometido el Gobierno francés, y hasta la ha acogido con avidez, no poniendo mas que una condicion, cual es que estas reformas no estuviesen en contradiccion con su conciencia y con el verdadero bienestar de sus súbditos.

«Mr. Thouvenel no puede ignorar las negociaciones que mediaron en Roma entre el Gobierno pontificio y el Embajador francés, y debe saber lo que se decidió. El Gobierno imperial quedó satisfecho. Esto consta claramente en primer lugar por una declaracion que el conde Walewski hizo relativamente á este objeto; en segundo lugar por su despacho número 1,367, de fecha del 13 de octubre del año pasado, y finalmente por los apremiantes deseos que manifestó hace apenas algunos meses el mismo Gobierno, de ver inmediatamente publicadas y puestas en vigor las reformas. Las razones, sin embargo, por las cuales se creyó el Padre Santo obligado á diferir este paso hasta que volviesen al órden legal las provincias sublevadas, están al alcance de todo el mundo.

«Obrar de otro modo no hubiera sido conforme á la dignidad del Soberano Pontífice, ni conveniente para alcanzar el objeto que se deseaba. Por una parte, las cenciones hubieran sido hechas mas bien bajo el imperio de poderosas exigencias que voluntariamente, y por otra parte, habia peligro de ver recibir las reformas con orgulloso desden. En uno y otro caso se debilitaba la autoridad. El Gobierno francés reconoció la fuerza de estas razones, y por lo tanto nos manifestó en aquella época por intermedio de dicho Conde que cesaria de insistir hasta que nuevas circunstancias imperiosas le aconsejaran una conducta diferente, prevision que no se ha verificado. Por lo demás, la publicacion de estas reformas no era en manera alguna un medio de atraer á la obediencia á los sublevados de las Romanías, pues en su pretendido memorandum han dicho lo que pedian.

«Pero si el Padre Santo puede consentir en que se trate de reformas, le es imposible oír ha-

vimiento los inmensos elementos de anarquía que á sus órdenes estaban para reforzar la posesion de lo usurpado y adelantar la infuca tarea de la usurpacion.

bial de una abdicacion parcial, lo cual le vedan motivos de mayor transcendencia que los intereses terrenales. Ahora bien, lo que se sugiere en la carta expedida de Dezenzano, con fecha del 14 de julio del año pasado, es nada menos que una abdicacion parcial. La parte principal de esta carta está copiada textualmente en el despacho del Ministro de Negocios extranjeros, y con ella parece que se quiere renovar esta proposicion, ó al menos hacer creer que la negativa de adherirse á ella es la causa de que no se haya reprimido aun la rebelion en las Romanas. Vuestra señoría ve fácilmente que una administracion separada con un Consejo formado por la eleccion, sin otra dependencia del Soberano Pontífice que recibir de él un gobernador laico y pagar un tributo, equivaldría á una abdicacion absoluta, y que aunque quedaria en verdad cierto señorío, este lazo no tendria efecto alguno en los tiempos actuales.

«No trato de demostrar, como sería muy fácil, cuán vana sería la esperanza de hallar en semejante combinacion el fin de todos los trastornos, la seguridad del reposo en el resto de los Estados pontificios y el gérmen de un porvenir de paz y tranquilidad, y es claro que debería temerse precisamente lo contrario. Me contentaré con hacerlos ver que el Padre Santo no puede consentir en abdicacion de ningun género, y que no podrá jamás por los motivos indicados en su Encíclica del 19 de enero último. No puede porque sus Estados no son su propiedad personal, sino que pertenecen á la Iglesia en cuyo beneficio fueron constituidos; porque ha prometido á Dios con juramento solemnemente transmitirlos á sus sucesores intactos y tales como los recibió: porque, en vista de que los motivos de renunciar á las Romanas pueden aplicarse ó reproducirse en el resto de sus Estados, esta renuncia implicaría en cierto modo la renuncia á todo el patrimonio de la Iglesia; porque, como Padre comun de sus veinte y una provincias, debe procurar á todas el bien que destina á las cuatro de las Romanas, ó alejar de estas la desgracia que no quisiera ver descargarse sobre las otras; porque no puede serle indiferente el presenciar la ruina espiritual de un millón de sus súbditos que quedarían abandonados á merced de un partido que principiaría por tender lazos á su fe y corromper sus costumbres; y finalmente, no puede á causa del escándalo que produciría en detrimento de los príncipes italianos, desposeidos de hecho, y hasta en detrimento de todos los príncipes cristianos y de la sociedad civil entera, escándalo que no dejaría de presentarse cuando se viera la felonía de un partido coronada con un triunfo tan completo.

«No acierto á comprender con qué objeto se habla en el despacho de los príncipes eclesiásticos desposeidos completamente de sus Estados por la fuerza, y de los Soberanos Pontífices á quienes se quitó por el mismo medio una parte de sus provincias. Fuera inútil observar en primer lugar que haciendo la enumeracion de muchos hechos injustos y uniéndolos á otros, jamás se sacará de ellos un hecho justo, y en segundo lugar, que nunca podrá existir exactitud de comparacion entre el Jefe supremo de la Iglesia y los Obispos mencionados en el despacho. Pero advertiré que, prescindiendo de todas las hipótesis, para demostrar que la combinacion propuesta es conveniente y ha sido un error el rechazarla, sería necesario citar ejemplos de Papas que, por su propio impulso y para ceder á consejos respetuosos, hayan consentido en abdicar. Ahora bien, hasta el día no se han visto aun tales ejemplos.

«Pío VI, despues de haber intentado en vano defenderse contra las armas de un enemigo poderoso, pudo ceder á una violencia irresistible, y resignarse á abandonar una parte de sus Estados por el tratado de Tolentino para no ver invadido el resto de sus dominios por las armas francesas; pero si se considera la diversidad del caso, se verá fácilmente que el motivo que indujo á aquel Papa á ceder obliga al Pontífice reinante á responder con una negativa absoluta. Pío VI, en circunstancias completamente distintas de las actuales, se hallaba ante una violencia insuperable y una fuerza material irresistible, y Pío IX, al contrario, está en pugna con un principio que se quisiera hacer prevalecer. Ahora bien, la fuerza material no es mas que un hecho, que por su índole es limitada y solo se hace sentir en el círculo de su accion, del cual no puede salir; pero sucede todo lo contrario con los principios, los cuales por su naturaleza son universales, de una fecundidad inagotable, y no se paran en el punto donde se quiere limitar su accion, sino que exigen su aplicacion en todo. Así pues, Pío VI, al ceder á la fuerza material, podía esperar racionalmente que salvaria el resto de sus Estados, en tanto que el Soberano Pontífice reinante, al ceder á un supuesto principio, abdicaría virtualmente la soberanía de todos sus Estados, y autorizaría un despojo contra todo principio de justicia y de razon. Hé aquí por qué el ejemplo alegado en la circular conduce mas bien á una conclusion enteramente opuesta á la que se propone el que lo alega.

«Si hasta el presente no se ha encontrado, pues, un remedio eficaz para hacer que cese la rebelion de las Romanas, la culpa no debe darse al Padre Santo, que no pudo conseguir auxilio alguno para reducir esta rebelion, que se manifestó dispuesto á condescender á la proposicion de reformas, no pidiendo mas que esperar el tiempo oportuno para realizarlas, y que, á la proposicion de una abdicacion parcial, solo pudo contestar con una negativa, sin que el

Los débiles términos, ó mejor, aparentes protestas de algunas naciones de Europa, no hicieron mella en Víctor Manuel, ni en los revolucionarios de su

ejemplo de un Pontífice que cedió á la violencia y á las consecuencias de la guerra pudiera sugerirle otra conducta.

«Los motivos deducidos anteriormente para demostrar que el Padre Santo no puede abdicar una parte de sus Estados, hacen al mismo tiempo ver cuán infundados son el asombro que se afecta y la queja que se le dirige, porque en su Encíclica haya presentado al mundo católico como materia religiosa una cuestion que no sale del círculo de los negocios puramente políticos, y que debería por consiguiente discutirse y arreglarse entre el Gobierno pontificio y el francés, sin que ningun otro supiera ó viera alguna cosa. Mr. Thouvenel opina que si el Padre Santo quisiera acceder á esta insinuacion, podrían continuarse las negociaciones, y aunque algo tarde, no ve sin embargo obstáculos insuperables para llegar á un arreglo.

«Sin recordar la formacion de los Estados pontificios, debida á un sentimiento y á un fin religioso; el nombre que está acorde con lo que representa, esto es, de *Estados de la Iglesia*; la garantía y el medio que proporcionan al Vicario de JESUCRISTO de tener la independencia necesaria para ejercer su ministerio apostólico; el patrimonio que halla en ellos el Jefe de la Iglesia, el cual, diferentemente de otros soberanos llamándose á titulo de príncipes jefes de sus Iglesias, se convierte en príncipe por su cualidad de Pontífice; ¿no debieran convencer todas estas consideraciones de que la presente cuestion encierra los elementos de una cuestion religiosa, en cuanto atañe de cerca á los intereses mas vitales de la Iglesia católica y de todos sus miembros en general y en particular? Si los intereses de los católicos están gravemente comprometidos en esta cuestion, parece por consiguiente que tienen el derecho y en parte el deber de entrar en esta cuestion algo mas que en otra puramente política.

«¿No es claro que, por el hecho de la separacion de las Romanas y de los desmembramientos que podrían ser su consecuencia, todos los católicos se verían perjudicados en sus derechos, en tanto que derechos son, en el orden actual establecido por la Providencia de que su Doctor supremo no esté sujeto á ningun poder humano, y de que goce de una independencia absoluta en el ejercicio de su ministerio apostólico? Por esta misma razon es fácil ver que la conveniencia y hasta la necesidad exigían que se advirtiese á todos los católicos el perjuicio que les amenazaba y las pérdidas que les ocasionaría. Esta advertencia solo podía hacerse bajo el punto de vista de la Religion, sobre la cual se funda su derecho, porque este tiene precisamente por objeto la dignidad y la independencia de las conciencias católicas.

«El motivo que obligaba al Padre Santo á dirigirse al universo católico era tanto mas apremiante, cuanto que la publicidad dada á la carta de S. M. el Emperador de los franceses era mas capaz de originar en el ánimo de los que están menos precavidos dudas análogas á las insinuaciones que contiene el despacho que me ocupa en este momento, ó hasta de inducir á que se creyese que la negativa de acceder á las proposiciones imperiales era la única causa de la persistencia del desorden existente, ó de los males mayores que podrían sucederle. Debía por consiguiente manifestar al mundo católico, con la calma y la dignidad que le caracterizan, el verdadero estado de la cuestion. Además la Encíclica se limita á enumerar las razones por las cuales el Padre Santo había debido rechazar ciertas proposiciones que se le habían hecho. La cuestion política y la religiosa no se han confundido en dicha Encíclica, sino que se han distinguido muy explícitamente una y otra.

«La cuestion religiosa se trata aparte, al mismo tiempo que se hace mencion de la mision celestial que ha recibido el augusto Pontífice de traer á la memoria de los soberanos y los pueblos las reglas eternas de la verdad y la justicia, y por otra parte Su Santidad no pide á los fieles otro apoyo que el de sus oraciones. Si los enemigos de la Santa Sede no se contentan ni satisfacen con el sentimiento que de un confin á otro del mundo se ha manifestado en su favor, y al cual se asocian los católicos mas eminentes de nuestra época, tanto laicos como eclesiásticos, y en el que toman parte hasta los heterodoxos, el Padre Santo ve en él una razon para bendecir á la Providencia, que ha preparado tal vez en esta manifestacion pacífica y adicta el mas fuerte sosten que en las circunstancias presentes posee la justa causa de la Iglesia.

«No quiero terminar este despacho sin proponeros la última consideracion relativa á la imposibilidad que, segun dicen, existe de hacer que las Romanas vuelvan á acatar la autoridad legítima del Padre Santo sin intervencion extranjera, y de conservarlas así sin nuevas ocupaciones; dos cosas que aseguran ser *imposibles é insuperables*. Pero si es cierto, y es imposible dudar, que la rebelion de las cuatro Legaciones se hizo y se sostiene por medio de un partido que debe su poder á los auxilios que ha recibido de fuera y á otros mayores que espera recibir por igual conducto, no veo qué inconveniente habría en que una rebelion consumada con el auxilio infuco del extranjero fuera reprimida y ahogada por legítimos auxilios procedentes del mismo origen. ¿Puede decirse además que los auxilios prestados por naciones católicas á su Padre comun y en un interés que concierne á todo el universo cristiano son auxilios procedentes del extranjero?

«Por otra parte, si se alejara de las Romanas todo lo que en ellas hay de extranjero, hom-

Corte. Sabian perfectamente á qué atenerse. Los soberanos sentian miedo al ejercicio de su propia soberanía. Admitieron prácticamente el principio de *no intervencion* proclamado en alta voz y consignado por la diplomacia franco-italica, y así renunciaron al derecho, ó mejor, se resistieron al deber de velar por el orden y por la justicia en general.

bres, dinero, influencia y auxilios de toda clase, habria motivo para esperar que el Gobierno del Padre Santo llegaria con los recursos con que cuenta á contener en el orden los pocos elementos revolucionarios que allí existen, á pesar del aumento que han recibido á consecuencia de los graves desórdenes que se prolongan hace tanto tiempo.

«Me parece que lo que llevo expuesto hasta aquí es mas que suficiente para aclarar las dudas á que pudieran dar lugar el despacho y la carta circular que me ocupan. Añadiré únicamente respecto al último despacho, que si á pesar de la promesa hecha de poner en práctica las reformas decididas desde que las Romanías volvieron á la sumision, se propusieran á la Santa Sede, respetando siempre los principios de la Religión, de la justicia y del orden nuevas proposiciones admisibles, y que tuvieran por objeto hacer cesar el triste estado actual de cosas en estas provincias, no hay duda alguna de que el Padre Santo, que mas que nadie desea ver el fin de la rebelion en una parte de sus Estados, origen continuo de tantos males para la Iglesia y la Santa Sede, se prestaria gustoso á ocuparse de ellas y á acogerlas. Pero ¿cuáles podrán ser estas proposiciones?»

«No obstante, si por una parte el Padre Santo está dispuesto á admitir nuevas negociaciones sobre las bases indicadas, por otra parte se halla firmemente decidido (como lo ha manifestado ya públicamente y entiende manifestar ahora de nuevo) á sostener con auxilio de Dios, de quien es el Vicario en la tierra, los derechos del patrimonio de la Iglesia católica, cualesquiera que sean los ataques de sus adversarios y las oposiciones que desgraciadamente quisieran hacerle en las tristes circunstancias actuales.

«Os autorizo á que leais el presente despacho á S. E. el Ministro de Negocios extranjeros de Francia, y á que le dejéis copia en caso de que lo doseé.

«Soy con la debida consideracion de vuestra señoría ilustrísima y reverendísima.—G. Card. Antonelli.

«Roma 29 de febrero de 1860.»

CAPITULO LVIII.

RELACIONES DE VÍCTOR MANUEL CON PIO IX.—JUICIOS SOBRE LOS PRINCIPALES AGENTES DE LA REVOLUCION ITALIANA.—ACTITUD DE LA SANTA SEDE RESPECTO Á LOS INVASORES.

LA historia será muy severa en juzgar al Rey de Cerdeña, objeto de la indigna condescendencia de los gabinetes europeos. Si Maquiavelo hubiera querido personificar en un monarca su sistema positivista, bastárale retratar la fisonomía del desventurado Rey, cuya vida es el sacrificio continuo de sus sentimientos íntimos en aras de su política ambiciosa. Víctor Manuel no ha tenido valor para borrar su nombre de la lista de los hijos de la Iglesia; empero ha carecido de la fuerza de espíritu necesaria para respetar el derecho de su Madre espiritual, cuando este ha sido para él un estorbo á la consecucion de sus fines.

Sin embargo, en varias ocasiones, impulsado sin duda por el espíritu católico, tradicional en su familia, ha hecho esfuerzos individuales para acercarse á la Santa Silla, centro de la vida, de la que voluntaria, y podemos añadir tenazmente, se viene separando desde el principio de su reinado.

La carta de Pio IX, que transcribimos, prueba que ya en 1852, movido por remordimientos exitados por su infiel conducta, Víctor Manuel intentaba captarse la benevolencia del soberano Pontífice.

En el documento que va á leerse, que es otro de los que se citan en el *Syllabus*, brilla la firmeza y la dignidad, al paso que la humildad y la mansedumbre, de Pio IX.

Hé ahí lo que Su Santidad decia al soberano del Piamonte:

«La carta que, con fecha 25 de julio último, V. M. nos ha enviado, á consecuencia de otra que Nos le dirigimos, ha sido un motivo de consuelo para nuestro corazon al ver en ella una consulta que un soberano católico dirige